



ALQUIMIA PARA EL MUNDO, ALQUIMIA POR LA VIDA

Ismael Berroeta

Santiago de Chile
Abril de 2009

www.tarotparatodos.cl
www.tarotparatodos.com

Alquimia para el mundo, alquimia por la vida.

I

Cuando se propone una alquimia para el mundo se pretende significar el planeta Tierra en su conjunto, el sustrato material en sus diferentes estados, sólido, líquido, gaseoso, energético, el cual proporciona los territorios y, además, a la totalidad de los seres vivos que han conquistado y modificado esos territorios, muchedumbre en la cual se cuenta el conglomerado humano.

Al referirse a la Alquimia, se quiere destacar la necesidad de recurrir a procesos de transformación que sean acordes con el movimiento de los sistemas naturales y que conduzcan a la recuperación de los mismos y a su aprovechamiento sostenible, tanto para la humanidad como para el conjunto de la masa biótica.

II

Los diagnósticos realizados por las instituciones serias, es decir, quienes no persiguen el lucro, son más que abundantes y coinciden en graficar el daño a la calidad de la tierra, del agua, del aire y de las fuentes energéticas, así como la escasez relativa y paulatina de los mismos con respecto al acceso real y potencial que tiene el grueso de la población humana. A ello se agrega la constatación del deterioro y la disminución de los hábitat o espacios de calidad para numerosas especies de seres, algunos ya extintos y otros en peligro grave de extinción.

Por doquier se alzan voces de crítica, de reclamo, de denuncia, las cuales se estrellan con éxito muy disímil contra los poderes que controlan los sistemas mundiales de dominio, explotación y aprovechamiento del planeta y sus habitantes.

III

Curiosamente, los mismos términos de antaño, usados por los alquimistas, agentes de la verdadera ciencia, y ridiculizados por los adoradores de la ciencia moderna, se ponen de actualidad: tierra, agua, aire, fuego.

Para los alquimistas de las primeras etapas de la Alquimia, estos términos tenían una constatación física, o sea, corresponden a conceptos aplicables en el marco de una filosofía de la naturaleza aún no desprendida como especialidad de conocimiento (el hermetismo) y tenían una operatividad o experimentación práctica (la Gran Obra).

El todo -para los alquimistas- está constituido por una sola sustancia: la materia, cuya esencia es única aunque tenga una expresión en múltiples formas, diversos estados, variadas calidades y tipos de acción y movimiento.

Distinguen cuatro elementos: tierra, agua, aire, fuego, los cuales no necesariamente hay que identificarlos con los cuerpos que actualmente usan esas denominaciones, sino que son la expresión de cualidades elementales, o básicas si se quiere. El elemento tierra es seco-sólido, el elemento agua es húmedo-fluido, el elemento aire es frío-sutil, el elemento fuego es seco-cálido.

Estos conceptos eran aplicables a la naturaleza toda, incluidos lo mineral y lo biótico, vegetal y animal. Toda esta conceptualización fue elaborada en tiempos en los cuales no se disponía sino de la observación a ojo desnudo, de la intelectividad de la mente y de la sabiduría espiritual.

IV

Además de los elementos, los alquimistas concebían los principios, que son tres: el Azufre, el Mercurio y la Sal, los cuales les permitían describir o interpretar los modos de acción de la materia. Aunque este es un tema central de la Alquimia, no constituye lo central de este trabajo y se dejará para otra oportunidad.

Por añadidura, los Alquimistas admitían dos opuestos que expresaban la contradicción de las fuerzas o la antítesis de sustancias esenciales en movimiento: activo y pasivo, masculino y femenino, macho y hembra.

V

El elemento tierra alude a la propiedad de manifestarse o tener concreción, solidez. El elemento agua alude a la propiedad de mostrar fluidez, movilidad, adecuación, de modificar fácilmente su expresión. El elemento aire alude a la propiedad de volatilizarse, de sutileza, de difuminarse o desaparecer frente a los sentidos, de ser tenue. El elemento fuego alude a un estado adicional de sutileza, de demostración de energía que se expresa en luminosidad, temperatura, irrupción o explosión.

Los elementos son distinguibles en los diversos cuerpos o formas de expresión de la materia o esencia. La sustancia agua -conocida hoy químicamente como H_2O - es tierra cuando se encuentra como hielo o nieve, es agua en su estado propiamente líquido, es aire en su estado gaseoso o vaporizado, es fuego cuando se disocia en H y O.

Un metal, el cobre, es tierra en su estado nativo, es agua durante la fusión, es fuego por su capacidad de conducir el calor y la electricidad. Podría admitirse que es aire cuando es usado como herramienta o como arma de combate.

VI

En el ser humano se hacen también distinguibles los cuatro elementos: a) el cuerpo o humanidad densa, su estructura ósea y muscular es la tierra. Ello incluiría la sangre y los humores corporales, en suma, lo concreto o tangible a los sentidos. b) Las emociones, sentimientos, que van ligados a una sensación corporal y que agitan la respiración y los latidos, es el agua. c) El pensamiento, lo mental, lo intelectual, la agudeza de las opiniones y juicios de valor, es el aire. d) La energía, la vitalidad, la chispa interior, el principio anímico, es el fuego.

VII

Estos conceptos, por analogía, pueden ser aplicados al colectivo humano, a lo que trasciende al individuo.

En la sociedad, el elemento tierra comprendería los cuerpos, las deposiciones, los vertederos, las construcciones y los productos de la civilización, la herencia genética. El elemento agua comprendería las atracciones y pasiones que implican la reproducción, los temores y anhelos colectivos. El elemento aire comprendería los estudios, la palabra o verbo, los discursos, la teología, la ciencia, la filosofía, el poder, el dominio, la ideología. El elemento fuego comprendería el inconsciente, los sueños, el alma, los símbolos y arquetipos.

VIII

El diagnóstico contemporáneo sobre el entorno de la sociedad en los albores del siglo XXI conduce a revalidar el uso y aplicación de la terminología alquímica.

El elemento tierra estaría constituido por el territorio de los Estados, los recursos naturales extraídos en forma privada -en especial por las empresas transnacionales- por encima de la soberanía de los mismos Estados y los pueblos; el suelo agrícola concentrado en manos de unos pocos, etc.

El elemento agua, el solvente universal, en la medida que es privatizado se torna escaso en el planeta conocido más rico en agua, al concentrarse la propiedad de los derechos de uso o aprovechamiento. Su calidad es deteriorada a pesar de algunos esfuerzos por poner límites a la irresponsabilidad de empresas y privados.

El elemento aire, la atmósfera, poluida por los desechos de los motores de combustión interna y los procesos industriales a gran escala, controlados por el capital privado monopolístico u oligopólico.

El elemento fuego, representado por los recursos energéticos, se ha tornado artificialmente escaso al privilegiarse tecnologías que acomodan a las grandes empresas privadas y no a los ciudadanos.

Los elementos han sido y están siendo utilizados de tal forma que existe consenso de efectos sobre el clima, cuyas consecuencias se van revelando dramáticas para la sociedad humana tal como hoy se muestra organizada o, mejor dicho, desorganizada.

IX

Volviendo necesariamente a los alquimistas, a los agentes de la Gran Obra, habría que distinguir su trabajo con respecto a los esfuerzos de los "sopladores". Los alquimistas tenían objetivos o fines sencillos -aunque ambiciosos- que se resumían en la satisfacción de su afán de conocimiento y en el logro de ese conocimiento para conseguir la piedra filosofal. El conocimiento alquímico era la comprensión de la Gran Obra o proceso de obtención de la sustancia que permitía transformar los metales en oro. El logro de conocer la Gran Obra era hacerla operativa y práctica, usando la piedra para fabricar oro verdadero, pues quien así lo demostrase, sería un émulo de Dios, al poder sintonizar con las fuerzas de la naturaleza, para transformar la materia, convirtiendo lo impuro (un metal corrupto o mezclado) en puro (el oro).

Sin embargo, esta pretensión o tales objetivos no significaban para nada un enriquecimiento en términos industriales o empresariales modernos. El premio era la satisfacción de lograrlo, pues durante el largo aprendizaje el adepto conseguía el dominio de sí mismo, lo cual equivalía al dominio del ser universal, a la pureza absoluta u oro espiritual.

X

Muy al contrario, había emprendedores que se mantenían como una nube de mosquitos alrededor de los alquimistas y alrededor de los incautos, tratando de conocer el secreto de la transmutación para enriquecerse económicamente. Algunos, tomando a la letra los tratados alquímicos, se

decepcionaron; otros, captando solo procesos parciales, se dedicaron a embaucar a ricos ávidos de lucro y a pobres desesperados.

XI

La misma situación se reproduce hoy en forma análoga. Los elementos han sido expropiados a su administrador natural, la sociedad en su conjunto, y son dilapidados por empresas y gestores insaciables, los "sopladores" contemporáneos. Muy a pesar de éstos, en diversas partes del globo terráqueo se van alzando voces de ciudadanos y ciudadanas quienes, cual nuevos alquimistas, en solitario u organizados colectivamente, reclaman el respeto por el medio ambiente (la materia), por los elementos (tierra, agua, aire, fuego), por encima de las divisiones ocasionadas por las creencias y la ideología, exigiendo un manejo sustentable que, para ser viable, reclama por añadidura un nuevo orden social y, por tanto, una nueva ética, nuevas reglas, pero normas consensuadas y no impuestas por una minoría extraña y circunstancial al espíritu universal.

XII

No interesa aquí atrincherarse en la afirmación de quien creó el mundo, si Dios, si un demiurgo o una gran explosión, ni tampoco la militancia en una congregación cualquiera. Interesa alzarse con tolerancia, con inclusión, manifestarse para sumar, superar a los opuestos condensándolos en unidad, sobrepasar el binario mental, sacrificar la explotación de la parcela en pro de la comuna, la de la comuna en pro de la nación, la de la nación en pro del continente y la del continente en pro del planeta.

Ese sacrificio del interés individual o del interés del poderoso en favor del bienestar colectivo no requiere tanto esfuerzo. Parte del reconocimiento de la otredad. No exige disponer de muchos conocimientos científicos ni de excesiva fe en Dios. Sólo nos pide capacidad de observación y atención, analizar y sacar conclusiones, más una pizca de voluntad y persistencia, todas ellas templadas con un poco de sabiduría, sabiduría alquímica.